

Luz Machado

Elegía por el alma de las palabras



DONDE está y qué señal la hace conocida.
Si sólo encuentro de ella recados en el vino,
apuntes en el llanto, huellas en las campanas,
grabados en el árbol, alfabeto en el aire,
y en las sienas siento clavados sus ojos fríos
como un par de golondrinas muertas en un friso.

Si apenas queda el cuerpo, las letras solamente,
húmedas en amor, violadas en amigo,
inútiles en paz; mutiladas, en fe.

Si desborda en las manos,
un soterrado fuego como vuelo siniestro.

Ah, su piel de marisma embriagadora y ávida,
su memoria transida de aroma y podredumbre,
su harina compañera, su ronda azul de bosque,
su temblor de ala abierta diciendo adiós y vente.

Ah, las palabras nuevas, símbolos del comienzo,
prólogo de los hombres ante las piedras mudas,
asombro de los labios por donde se escapaban
con esa gracia turbia del hijo que se pare.

Ah, las palabras limpias como las uvas verdes.
Las palabras redondas como horizonte y tierra.
Las palabras agudas, puñales de las voces,
las palabras quebradas como rayos celestes,
las palabras oscuras abriendo pensamientos
bajo el día de la frente.

Y esas de la penumbra: carta, desvelo, beso.
Y las claras, las frescas, las luminosas, ágiles:
lebreles, frutas, fuentes, cristales, días, ventanas.

Las cósmicas: sed, tiempo, libertad, luz, criatura.
Las leves de los aires, las raudas de los vuelos.
Las de la ira, sórdidas. Las del fracaso, ácidas.
Las abiertas de ausencia: costa, puerta, fantasma.

Las rectas, como hombre. Las falsas: hombre - espejo.
Las fieles: hombres - hombres, y hombre - hijo, de san-
lgre.

Y arriba, abajo, ser: escala de infinito,
tantálica raíz, vendimia prometeica.

En dónde está, hasta cuándo, alma suya y tan nuestra,
violento cielo, ávido corazón de la muerte,
cabellera maldita inasible y ardiente.

Somos aquí con ella. Somos aquí por ella,
en cada instante creando nuestro dios verdadero.
Yo doy esta campana del inefable llanto,
esta campana grávida del cobre de la estrella
para llamar sin tregua la rosa de los vientos,
para saber los nombres de la babel perdida,
para marcharnos juntos, para marchar por ella,
que acaso Dios la guarda bajo la sien como una
mariposa clavada, perseguida por todos,
arrojada del tiempo como de un paraíso,
por un ángel sonoro y su espada de cántico.